

HISTORIA DE LA PRENSA, UNA HISTORIA EN CONSTRUCCIÓN

Antonio Laguna Platero

*Decano de la Facultad de Periodismo
Universidad de Castilla la Mancha, España*

*Historia de la prensa, una historia
minusvalorada*

La historiografía contemporánea, en general, ha eludido la dimensión comunicativa de la experiencia humana como uno de los posibles factores explicativos del devenir, lo que no deja de ser un tanto sorprendente cuando es casi imposible comprender la historia contemporánea sin analizar el papel que han jugado los medios de comunicación en la articulación y funcionamiento de las realidades sociales. Mientras el uso del periódico como fuente documental ha sido una práctica habitual en las reconstrucciones de todos los planos y especialidades del pasado, la concentración de la mirada en la propia prensa como sujeto y objeto de análisis ha sido considerado como una especie de subgénero, una especialidad menor de la que, por consiguiente, cabía esperar pocas luces al fin último de reconstruir el pasado oculto.

La actitud por tanto de la ciencia histórica frente a los procesos de información y comunicación ha sido, más bien, de tipo aristocrático, y en consecuencia, por ejemplo, la historia de la literatura ha prescindido habitualmente de la literatura periodística, al considerarla un objeto menor, de forma parecida a los medios audiovisuales (cine, radio, televisión), por la razón de que eran productos de inferior categoría que el libro. Un académico

se puede sentir a gusto y además decir con orgullo en los foros de mayor prestigio que es especialista en Shakespeare, en Cervantes, o en la tradición libresca, pero afirmar que uno es especialista en un tipo de periodismo o de periodistas —no necesariamente ni el más trivial o el más ligero— es casi algo vergonzante, o cuanto menos que no da lustre.

Por lo regular, los historiadores han utilizado a la prensa preferentemente para ver qué se decía sobre un tema político o cultural, qué decía un determinado dirigente político o sindical, o qué escribía u opinaba algún creador o crítico. Esa es una explotación un tanto pobre y reduccionista de la prensa como fuente contemporánea de información. Sus posibilidades van mucho más allá, porque a través de la prensa se pueden saber muchas otras cuestiones y asuntos sociales importantes, desde los modos de vida hasta las costumbres y mentalidades, pasando por las actitudes y preocupaciones de toda una época.

Muchos de los aspectos significativos para comprender las razones que nos mueven hoy en día y los imaginarios colectivos que compartimos, aparecen en los medios de comunicación. A este respecto, el periodista y escritor Manuel Vicent escribía —en un artículo publicado en el diario *El País* (23/05/1999)— algo muy indicativo respecto a lo que estamos comentando: “Cada época tiene su propia expresión literaria que traba la realidad y la imaginación. De este modo no se podrá entender nada del siglo XX sin el cine y el periodismo. Ambos constituyen la gran ficción que hoy nos fabricamos. En el futuro, quienes deseen saber cómo éramos (...) deberán releer nuestros

periódicos y explorar el almacén de nuestras imágenes. En ese material encontrarán las pasiones que nos movían y los sueños que nos alimentaban (...). La gran comedia humana del siglo XX son los periódicos, esa es nuestra naturaleza literaria (...)”. Ya no hay Balzac (o el Galdós de los *Episodios Nacionales*), hay prensa. En definitiva, lo que se plantea es la posibilidad y la riqueza que tiene un medio como la prensa escrita de releer los hechos, los acontecimientos, las preocupaciones y las propuestas que pueden hacer los políticos, las instituciones o las empresas comerciales.

Es preciso replantear la mirada que hasta ahora se ha hecho de la prensa como fuente de trabajo. Para maximizar el aprovechamiento de datos que ofrece todo periódico, los historiadores deben aprender a leerlos, para lo cual se precisa tener conocimientos de comunicación en general y, en concreto, de lingüística, semiótica, teoría de los relatos, etc., pues los discursos mediáticos del siglo XX están muy elaborados en cuanto a narraciones y suelen encerrar estrategias a menudo sofisticadas. Elaboraciones no complejas en el sentido de incomprensibles o difíciles, sino de sus estructuras constructivas y de sus objetivos comunicativos.

El caso más evidente nos lo ofrece la publicidad, pilar básico de la comunicación periodística. Qué mejor procedimiento para un historiador económico que quiera estudiar el siglo XX en la vertiente de los hábitos alimenticios, y la relación entre producción de alimentos y consumo, entre otras cosas, que echar mano no sólo de las estadísticas de consumo, sino analizar también qué ha

hecho la publicidad para imponer unos tipos de productos determinados y transformar los gustos y las costumbres alimenticias de muchos lugares. Así pues, a través de un análisis de la publicidad en la prensa y otros medios es posible entender muchos asuntos y cuestiones socioculturalmente importantes. Ya sabemos que, aunque la publicidad expresa la producción de una época, no suele revelar lo que está ocurriendo con la misma, pero en cambio sí ilustra o nos apunta lo que el sistema productivo y simbólico quisiera que se produjera o aquello a lo que se aspira o se puede desear. En este sentido, la publicidad nos devuelve diáfano el espejismo a través del cual se muestran las propuestas de consumo y se inducen aquellos anhelos que, muy probablemente, quisieran satisfacer quienes tuvieran las posibilidades económicas para hacerlo o conseguirlo.

De ese modo, los medios pueden ser leídos en una doble dimensión cuanto menos. Por un lado, como fuente histórica, como espejo de lo que fue la sociedad. En este primer sentido, es preciso tener muy presente que la imagen que nos devuelve el espejo es una imagen virtual, por tanto, es una metáfora que nosotros debemos interpretar mediante unos códigos que nuestra visión física nos permite percibir.¹ Por otro lado, los medios también pueden ser leídos como espejismos, es decir, como proyección de

aquellas cosas a las que, quienes pueden influir sobre los medios, sobre la economía, sobre el consumo, etc., quisieran que los ciudadanos nos acercáramos y reaccionáramos seducidos de la manera que su persuasión pretende.

Cuando a veces se dice que los periodistas son un poco los historiadores contemporáneos, en definitiva lo que se indica es que son los periodistas, o los comunicadores en general, quienes trabajan y reelaboran el discurso sobre la actualidad inmediata, sobre el pasado más reciente, que puede ser ayer o la semana pasada, quienes realmente conscientes o inconscientemente, con mayor conocimiento o desconocimiento, con seriedad o con frivolidad, configuran los hechos transformados en noticias y en relatos de época. Dicho con otras palabras, los periodistas son los artesanos del discurso periodístico. Y esta narración de los hechos contemporáneos mediante unos códigos y una morfosintaxis singulares de los medios es, de alguna manera, una variante simplista del discurso histórico presente, pero mucho más eficaz del que suelen expresar otros agentes culturales —entre ellos, los historiadores— o en otras instancias —caso de conferencias o de clases— por sus posibilidades de evocar y de seducir y, sobre todo, porque circula con una potencia y alcance inigualable por otros medios o intermediarios.

Las historias de la prensa: el lastre del pasado positivista

Los primeros estudios rigurosos sobre la dimensión histórica de la prensa arrancan

¹ Laguna, A. (2003): "El poder de la imagen y la imagen del poder. La trascendencia de la prensa satírica en la comunicación social", en *Revista Científica de Información y Comunicación*, Sevilla, nº 1.

de finales del siglo XIX, coincidiendo con la eclosión de las primeras tentativas científicas del positivismo. Mientras la segunda revolución industrial relegaba la utilidad social de todas aquellas disciplinas consideradas no científicas y, por ello, no estrictamente ligadas a la promoción de riqueza y bienestar material, se producía una reacción intelectual orientada a la defensa del estatuto científico de todas las materias humanísticas.

Tanto la escuela metódica-positivista francesa, con Langlois y Seignobos, como la corriente historicista alemana, con Ranke y Droysen, arrancan del concepto clásico de ciencia que ya fuera formulado por el racionalismo del siglo XVII. De la vertiente británica representada en Newton y Hume tomarán la acepción empirista de lo científico. Ciencia, seguirán sosteniendo, es toda aquella disciplina fundamentada en la experiencia. Del racionalismo alemán se extraerá la idea expuesta por Descartes según la cual todo saber científico ha de disponer de un método. El desafío estaba en demostrar que la Historia, entre otras *Geisteswissenschaften* (ciencias del espíritu), se fundamentaba en la experiencia constatada por el mismo método inductivo que las ciencias naturales.

Los historiadores harían ciencia sólo en la medida en que buscaran lo auténticamente relevante en aras del “descubrimiento de la verdad y de acuerdo con principios y reglas que son lo único que garantiza la verdad científica”.² La historia, ya ciencia

empírica, se distanciaba de la metafísica que hasta entonces había inspirado toda construcción idealista de la historia universal y se aproximaba al preciado fin del conocimiento objetivo. El punto de partida sería el documento, depositario privilegiado de la experiencia histórica. Y así, Langlois y Seignobos sostendrán sin matizaciones que “la historia se hace con documentos (...) porque nada suple a los documentos y donde no los hay no hay historia”. Por inducción y a partir de los hechos observados —es decir, datos verídicos sacados de documentos auténticos— se llegaba a alcanzar la verdad histórica presentada en forma de narración, al ser ésta el modo más idóneo de incardinar en una correcta sucesión cronológica los acontecimientos del pasado.

De entre los documentos se rastrearon sobre todo los de origen y carácter político dado que el historicismo se expandía al tiempo que se afianzaban los Estados liberales en Europa. La historia científica no se concebía sino como historia política, y su sujeto no podía ser otro que el elenco de personalidades políticas que protagonizara los principales hechos históricos.

Encuadradas en este marco teórico, las primeras historias de la prensa planteaban la investigación sobre el papel periódico como la de cualquier otro instrumento político cuyo desarrollo venía auspiciado en la era contemporánea por la construcción y posterior afianzamiento del Estado liberal. El periódico, desde las revoluciones liberales, no había sido más que un instrumento político en manos de partidos, agrupaciones o, simplemente, hombres públicos, y puesto

² Berlín, I, (1983). “El concepto de historia científica”, en *Conceptos y categorías. Un ensayo filosófico*. México, p. 179.

al servicio de sus respectivas actividades y fines políticos. La referencia a las principales cabeceras de cada etapa se convertía en una mención accesoria y complementaria al relato efectuado desde la historia política. El periodismo como fenómeno complejo y con entidad propia no se contemplaba. Tan sólo los periódicos, individualizados en su naturaleza instrumental y sometidos a los avatares políticos, eran asunto de interés historiográfico.

Las primeras tentativas positivistas aplicadas a la prensa se manifiestan a partir de obras como las de Hatin, P. *Histoire politique et littéraire de la presse en France* (1859-1861), Fox Bourne, H. R. *English Newspapers. Chapters in the History of the Press* (1887), Fatorello, M. *Le origine del giornalismo in Italia* (1923), Salomón, L. *Geschichte des Deutschen Zeitungswesens* (1900), Lee, J. M. *History of American Journalism* (1923) o en el estudio publicado por las mismas fechas en España de González Blanco, *Historia del periodismo desde sus orígenes a nuestros días* (1919). Cualquiera de estas obras o de las que en esta misma línea han seguido elaborándose hasta la actualidad presenta una pormenorizada y exhaustiva relación de títulos, nombres, fechas, datos, etc. sobre los que se construye el relato histórico. Se trata de historias a todas luces accesorias a la historia política general. Es ésta a fin de cuentas la que marca la articulación cronológica de la Historia de la prensa, organizada sobre la sucesión de acontecimientos políticos de relevancia incuestionada. Es también la historia política la que condiciona la estructura pro-

funda de su discurso histórico al imponer la presencia de personajes tan reconocidos como los hechos que ellos mismos protagonizaron y que se constituyen en verdaderos sujetos de la historia. La trayectoria de un periódico queda, en definitiva, determinada por los avatares políticos que sufre y de los que es testigo.

Con estos antecedentes resulta perfectamente comprensible por qué la Historia de la prensa, en no pocas ocasiones, ha sido considerada como una historia auxiliar al servicio de la historia general, en tanto suministraba a ésta datos periodísticos imprescindibles para completar el relato político. La recomendación consistía en acometer “la historia de cada periódico (...) para que el historiador general, al que sólo le interesa el periódico como fuente histórica, pueda fácilmente acudir a la bibliografía pertinente, sin necesidad de emprender por su cuenta una investigación previa, de dudosos resultados y, en el mejor de los casos, que le desvíe claramente de su objetivo fijado”.³

Del dato a la teoría: el difícil salto hacia la ciencia

El hecho es que siendo el positivismo el primer marco teórico desde el que se formuló una primera Historia de la prensa, sigue bien

3 Almuíña Fernández, C. (1989). “La prensa escrita como documento histórico”, en VV. AA. *Haciendo Historia. Homenaje al prof. Carlos Seco*. Madrid y Barcelona: Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense y Facultat de Geografia i Historia, Universitat de Barcelona, pp. 615-624.

instalado en la historiografía actual y aún hoy siguen realizándose numerosos trabajos de carácter descriptivo. El profesor de la Universidad de Oslo, H. F. Dahl, es de los que en la actualidad sostiene que “después de todo, la historia de los medios es esencialmente una aventura empírica que valora la veracidad de los datos y los hechos, a los que ordena en una cronología fiable”.⁴ En ese propósito, ni las hipótesis ni las teorías son un prerequisite necesario para la labor del historiador, convertido en mero compilador de información y relator de acontecimientos.

Los trabajos que en historia de la prensa siguen actualmente elaborándose desde el positivismo parecen guiados por propósitos dispares. De un lado, se encuentra la publicación de obras de carácter general que, con pretensiones didácticas, han acabado por convertirse en libros de extendida consulta en el ámbito académico. De otro, siguen editándose estudios de referencia local, comarcal o regional, en los que se da exhaustiva noticia de las cabeceras reseñables del lugar, sus directores, principales redactores, promotores de edición, etc. Todo ello convenientemente encuadrado en su contexto histórico y dirigido a un público amplio, ávido por conocer los pormenores de la actividad política y cultural local.

Son historias que por la exhaustividad de la información que aportan y a pesar de su descriptivismo han sido con frecuencia bien valoradas por otros investigadores de

la comunicación puesto que dan cuenta, con un formato casi catalogal, de todos aquellos datos imprescindibles para acometer otro tipo de estudios. Su mayor inconveniente, no obstante, es haber incurrido en “todos los vicios del descriptivismo, del cataloguismo, de la mera compilación y la subsidiariedad interpretativa”,⁵ de modo que si en origen tuvieron el mérito de descubrir para la historia general un nuevo objeto de investigación, a resultas de su trayectoria tal objeto parece haber quedado al margen de toda reflexión teórica renovadora. Una crítica que, aplicada para la generalidad del planteamiento positivista, emergió casi de inmediato de la propia corriente historicista alemana. Droysen fue el primero en objetar al positivismo la exaltación del ideal de objetividad a expensas de la interpretación de los hechos. Abriendo el camino a la hermenéutica moderna que más tarde desarrollarían los neokantianos Dilthey y Rickert, quien desveló que la labor del historiador está sometida a infinitas mediaciones y que, en consecuencia, hacen imposible la reconstrucción del pasado a partir del más estricto empirismo particularista. Como confirmaría mucho después K. Popper “sólo podemos aprehender y constatar hechos a la luz de nuestras teorías”.

Frente al ideal de objetividad científica defendido por el positivismo, justificado en la aplicación de métodos inductivos sobre

4 Dahl, H. F. (1994). “The Pursuit of Media History”, *Media, Culture & Society*, Vol. 16, pp. 551-563.

5 Tresserras, J. M. (1994). “Història de la premsa, història del periodisme, història de la comunicació”, en *Gazeta*. Actes de les primeres jornades d'història de la premsa. Barcelona: Societat Catalana de Comunicació, pp-71-78.

el material empírico-documental, el materialismo histórico propone un modelo de ciencia histórica alejado de todo descriptivísimo y asentado sobre bases epistemológicas bien distintas. Un modelo en el que la ciencia no lo es si no viene avalada por un método hipotético —deductivo y por la pretensión última de explicar (no describir ni relatar) el acontecer a partir de relaciones causa— efecto. A partir de ese principio axiomático la historia de la prensa no se concibe sino como una parcela de estudio imprescindible dentro del gigantesco organigrama que sería el modo de producción capitalista. Aunque necesariamente conectada por la naturaleza material del papel impreso con la historia económica o tecnológica, es la esfera superestructural, allí donde se construye todo discurso de clase, el lugar en el que la prensa aparece colocada.

Como cualquier otro aparato ideológico, la prensa se presenta en la era contemporánea como órgano de expresión de grupos, clases o bloques sociales, por lo que su estudio ha de efectuarse en el contexto más amplio de las estructuras sociales donde alcanza su pleno significado, bien como instrumento de dominación ideológica en manos de las clases dominantes, bien como espacio de articulación y difusión de discursos alternativos por parte las clases explotadas o subalternas.

La historia de la prensa no puede de ningún modo, por ello, definirse de otro modo más que como historia social de la prensa. Sólo desde una concepción social de la historia, el análisis del papel impreso, ya sea como objeto aislado o agrupado a publicaciones

afines, puede apuntar al objetivo último de desvelar las tramas discursivas profundas sobre las que se estructura la lucha de clases y donde ésta alcanza su verdadero significado.

La prensa, en tanto que “aparato ideológico”, da cumplida cuenta al historiador del complejo tejido de las redes de interés del bloque dominante, de sus estrategias para mantener o conquistar el poder, de la forma en que su específico discurso de clase alcanza status hegemónico, de los resortes ideológicos empleados por él para perpetuar la legitimidad del orden impuesto, etc. Mientras por su parte, la prensa de las clases subalternas ilustra sobre el modo en que se configura la conciencia de clase de éstas, la forma en que se materializan sus expectativas, el momento, en fin, en que se articulan como colectivos sociales diferenciados.

La prensa queda por ello descrita como herramienta necesaria en la estructuración social. Define social e internamente a los grupos sociales, les otorga coherencia ideológica e inestimable utilidad como arma política. Pero el papel impreso no es sólo instrumento, herramienta, arma en manos de una clase, es también espacio de confrontación, lugar público en el que se libran infinitas batallas. De ahí el extraordinario interés que para la historia contemporánea construida desde el materialismo histórico presenta la historia social de la prensa. No es un elemento más que relacionar con su contexto. Antes al contrario, es un elemento primordial en el estudio del conflicto entendido, desde la perspectiva del materialismo dialéctico, como fuente y motor de la dinámica histórica.

Fuentes

- Álvarez, J. T. (1987). *Historia y modelos de la comunicación en el siglo XX. El nuevo orden Informativo*. Barcelona: Ariel Comunicación. Nueva edición 25 aniversario, revisada y ampliada (2012) Editorial Universitat.
- Chartier, R. y Espejo, c. (eds.) (2012): *La aparición del periodismo en Europa. Comunicación y propaganda en el Barroco*. Madrid: Marcial Pons.
- Crowley, D., Heyer, P. (1997). *La comunicación en la historia. Tecnología, cultura, sociedad*. Barcelona: Bosch.
- Eisensein, e. (1994). *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna*. Madrid: Akal.
- Herrera, B. (2001). "Historia de la comunicación como oficio. Apuntes sobre la teoría y método", en *Signo y Pensamiento*, vol. 20, núm. 39, 7-14.
- Hobsbawm, E. (2002). "De la historia social a la historia de la sociedad". *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (2005). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Mattelart, A. (1993). *La comunicación-Mundo. Historia de las ideas y estrategias*. Madrid: Fundesco.
- Montero, J. y J. C. Rueda (2001): *Introducción a la historia de la comunicación social*. Barcelona: Ariel.
- Schudson, M. (1973). *Discovering the News: A Social History of American Newspapers*. New York: Basic Books.
- Vázquez Montalbán, M. (1985). *Historia y comunicación social*. Madrid: Alianza Editorial
- Weill, G. (2007). *El periódico: Orígenes, evolución y función de la prensa periódica*. Sevilla: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.
- Williams, R. (ed.) (1992). *Historia de la comunicación*. Barcelona: Bosch, 2 vols.
- Wolf, M. (1994). *Los efectos sociales de los media*. Barcelona: Paidós.